

SANTA CATALINA.

(BARCELONA.)

El fuego respetara el templo de Santa Catalina, y los hombres mas feroces que las llamas, decretaron la demolicion de uno de nuestros mas preciosos monumentos.

PABLO PIZARRER.

I.

LOS DOMINICOS.



E ahí otro monasterio que ya *fué*, otro monumento del cual, como del que de hablar acabamos, ya solo existe el nombre para memoria.

Barcelona, despues de la funesta noche del 25, ha contemplado por largo tiempo sus ruinas que á su vez han desaparecido para hacer lugar á una plaza-mercado.

Y esto que Barcelona lo encerraba con orgullo; y esto que no era Santa Catalina un edificio como cualquier otro.

De los conventos de la provincia, dice Diago, uno es ilustre y de fama por la antigüedad, otro por el fundador que tuvo de valor y prendas, otro por el estudio que en él florece, otro por los religiosos que tiene señalados en santidad, letras y dignidades, y este de Barcelona lo es por todos los cuatro títulos juntos.

Sobrada razon tenia Diago al hablar así, y pronto nos convenceremos de ello.

Antes sin embargo narremos la historia de la orden de los Dominicos, llamada tambien de los *predicadores*, fundada por Santo Domingo de la ilustre familia de los Guzmanes de nuestra patria.

Hijo fué nuestro santo de Don Feliz de Guzman y de Doña Juana de Aza, la cual, segun cuentan, estando embarazada tuvo un sueño misterioso en el que se imaginó dar á luz un perrito que con una antorcha encendida que llevaba en la boca iluminaba todo el mundo, sueño que no vacilan los biógrafos del santo en admitir como presagio evidente de lo que sucedió con el tiempo, cuando por el ardor de su celo y el fuego de su caridad, iluminó Domingo á un gran número de herejes sacándolos de las tinieblas del error para hacerles conocer las luces de la verdad.

Nació Domingo en 1170 en un pueblo de la diócesis de Osma y desde su edad mas tierna empezó á dar relevantes pruebas de su afición á la Iglesia, como una de sus mas firmes columnas que habia de ser con el tiempo.

Despues de haber pasado siete años en el estudio de las letras, bajo la direccion de un tio suyo Arcipreste, enviáronle sus padres á Palencia donde habia entonces la universidad trasladada mas tarde por el rey Fernando á Salamanca. Seis años empleó en el estudio de la filosofía y de la teología, juntandose siempre al estudio la oracion y el rezo.

Dice uno de sus biógrafos que ayunaba entonces frecuentemente, dormia poco y acostumbraba solo á descansar tendiéndose sobre el duro suelo de su habitacion. Demostraba tambien un cariño particular por el retiro, y no salia mas que para ir á la iglesia ó á las escuelas públicas. Era el padre de los huérfanos, el protector de las viudas, el refugio de los pobres, para alivio de los cuales, en una gran época de carestía que hubo entonces, vendió todos sus libros y muebles, llevando á tal extremo su amor por la caridad que en otra ocasion le vemos tambien ofrecerse para rescate de un joven que cautivaran los moros.

Su caridad no se limitó á aliviar á su próximo en las necesidades del cuerpo, quiso procurarle los bienes del alma, y el celo que mostraba por la salud de sus hermanos, hizole emprender crudas penitencias para la conversion de aquellos que se mostraban endurecidos y pertinaces en el pecado. Pronto siempre á dar su vida por impedir que Dios fuese ofendido, sentia en su interior un tan vivo pesar de los pecados de otro, que les lloraba amargamente como si hubiesen sido los propios suyos.

Este celo fué el que le decidió á trabajar en la conversion de los pecadores

con sus discursos, y entonces fué tambien cuando comenzó á demostrar los grandes talentos que Dios le habia dado.

Tan santos ejercicios, tan repetidos ejemplos de virtud, dieron gran reputacion á Domingo que tenia apenas veinte y cuatro años y sin embargo era ya consultado como el mas esperto director en asuntos de salud eterna.

El obispo de Osma, queriendo por aquel entonces reformar los canónigos de su iglesia, y hacerles abrazar la vida regular bajo la regla de San Agustin, quiso que Domingo entrara en su capitulo mirándole como el mas capaz de sostener por su ejemplo el establecimiento de la reforma que proyectaba. Propúsosele y el joven aceptó.

Luego que el obispo hubo conocido á fondo su talento, dióle permiso para ir á llevar la palabra de Dios á las naciones y predicar á los pecadores. Vióse entonces al joven recorrer varias provincias, trabajando todo lo posible para destruir los vicios y los errores de que moros y herejes las infestaran. La primera conversion que hizo, y tambien la mas notable, fué la de Reinier, que habiendo renunciado á la herejía de la cual era el autor, fué empleado mas tarde por el papa Inocencio III contra otros herejes.

Algun tiempo despues, Domingo fué ordenado sacerdote por el obispo de Osma que le hizo subprior de su capitulo y que, viéndole luego con vocacion decidida para instruir y convertir á los pueblos le envió á varias provincias, recorriendo Castilla, Aragon y Galicia como predicador evangélico.

En 1204 el obispo de Osma fué nombrado embajador en Francia por Alfonso rey de Castilla, para negociar el matrimonio de su hijo Fernando, que fué su sucesor, con la princesa de Lusignan hija de Hugo, conde de la Marche. Quiso el prelado en esta mision llevarse consigo á Domingo.

Pasaron por el Languedoc y fueron testigos de las desolaciones que allí cometian los albijenses, cuyos errores bien hubieran querido detenerse en combatir, pero tuvo el obispo que volver á España para dar cuenta al rey Alfonso de su embajada.

Volvióle el monarca á enviar á Francia con magnífica y lujosa comitiva para acompañar su prometida al príncipe Fernando, pero al llegar el prelado y Domingo al castillo de Gace, residencia del conde de la Marche, hallaron afligidísima la corte con la muerte de aquella princesa que de espirar acababa. Conmovidos con este incidente que tan viva idea les dió de la fragilidad y de la inconstancia de las cosas terrenas, resolvieron no regresar á su pais, y, enviando equipaje y comitiva, tomaron el camino de Roma y obtuvieron permi-

so del papa Inocencio III para permanecer en el Languedoc y trabajar en la conversion de los albijenses.

Regresaron pues á Francia con esta autorizacion, convertidos ya en apostólicos misioneros.

Hallaron á los legados del papa que, aburridos con los pocos progresos que hacian entre los herejes, estaban ya á punto de volverse y de sacudir el polvo de sus sandalias, como dice el evangelio. Sin embargo, el obispo de Osma y Domingo les detuvieron diciéndoles que sacarian indudablemente mas fruto, si abandonando el fausto y el lujo que habian creído necesarios para representar su dignidad, abrazaban la vida verdaderamente apostólica.

Y así fué en efecto. Habiendo dejado su tren, su fausto y opulencia, y marchando sin dinero, sin lacayos, sin provisiones, á fin de predicar mejor con su ejemplo que con sus discursos, hicieron respetables por su nuevo género de vida, así como antes se habian hecho despreciables por sus riquezas.

El obispo de Osma y Domingo fueron los primeros en poner en práctica su consejo. El primero habia sido nombrado jefe de la mision, cuyos individuos se aumentaron con la llegada del abad del Cister y otros doce monges de su orden, pero habiendo estos religiosos regresado á sus monasterios algun tiempo despues, lo propio que el obispo de Osma á su diócesis donde murió cuando trataba de regresar al Languedoc, Domingo se encontró solo, cargado con todo el peso de la mision.

Lejos de dejarse intimidar á la vista de las fatigas, de los tormentos y de los peligros que le acompañaban, sentíase mas animado y mas dispuesto que nunca á continuar su cristiana empresa.

Un refuerzo de siete ú ocho obreros que recibió redobló su valor, y distribuyóles en seguida por aquellos sitios donde creyó que mas necesidad de auxilio experimentaban.

El número fué multiplicándose con el tiempo, pero como disminuía tambien por intervalos, puesto que la mayor parte solo se unian á él por épocas dadas, y muchos no vacilaban en abandonarle en medio de los mayores apuros, trató Domingo de llevar á cabo la resolucion que habia ya formado antes de la muerte del obispo de Osma, tocante á la institucion de una orden religiosa que tuviera por objeto la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, la defensa de la fé y la propagacion del cristianismo.

Trató pues de que participaran de sus ideas las personas que se le iban uniendo, y no tardó en hallarse esta orden naciente fuerte de diez y seis indi-

viduos, entre los que se contaban ocho franceses, seis españoles, un inglés y un portugués.

Pudiendo ya contar con este número en 1215, resolvió, para asegurar los fundamentos de su instituto, ir á pedir la confirmacion á Roma donde el papa Inocencio III debia presidir la apertura del concilio general de Letran. Partió pues con Fray Juan de Navarra y acompañó á Foulques, obispo de Tolosa, un encomiador de su proyecto, que iba al concilio.

Precisamente este concilio acababa de ordenar que se trabajaria en la reforma de las órdenes ya establecidas, mejor que en su multiplicacion, así es que el papa no quiso aprobar el plan de Santo Domingo, no obstante hablarle en su favor el obispo de Tolosa y muchos otros prelados. Sin embargo, dícese que la noche despues de la negativa, Inocencio III vió en sueños que Domingo detenia la fábrica de la iglesia lateranense ya inclinada á caer, y esta vision, haciéndole variar de conducta, le obligó á llamar á Domingo y aprobar de viva voz su instituto, prometiéndole dar la confirmacion por medio de una bula tan pronto como, de acuerdo con sus compañeros, escojiese una de las reglas ya aprobadas por la Iglesia y le presentase las constituciones de su instituto.

Domingo regresó con esta promesa al Languedoc donde reunió sus hermanos y, oido su parecer, escojió la regla de San Agustin, á la que añadió estatutos y constituciones, de uso en la orden de los Cartujos.

Los principales artículos ordenaban el silencio perpetuo, no siendo permitido hablar juntos á los individuos sin permiso del superior; los ayunos casi continuos, al menos desde el catorce de setiembre hasta Pascua; la abstinencia en todos tiempos de la vianda, escepto en las grandes enfermedades; el uso de la lana en lugar de la tela; una pobreza rigurosa; la renuncia á las rentas, y varias otras austeridades.

Tomadas estas resoluciones sobre su género de vida, Domingo partió de regreso á Roma á fin de obtener la confirmacion de la Santa Sede interin en Tolosa se echaban los cimientos de la primera casa de la orden. Supo por el camino la muerte del papa Inocencio III y la exaltacion de Honorio III.

Aun cuando previó las dificultades que los asuntos del nuevo pontífice reportarian á sus designios, no dejó por ello de proseguir su viaje á Roma, donde fué escuchado del papa, obteniendo, con una prontitud que no esperaba, el 22 de diciembre de 1216, una bula que aprobaba y confirmaba su instituto bajo el título de *orden de los hermanos predicadores*.

Regresó en seguida á Tolosa donde vió concluirse el primer convento de su

orden, gracias á las liberalidades del obispo de dicha ciudad y de Simon conde de Monfort.

Estableció en seguida la economía, la disciplina, y recibió con las solemnidades prescritas los votos de sus religiosos, cuyo número se habia aumentado durante su ausencia. El hábito que vistió fué el de los canónigos regulares, tal como lo habia llevado hasta entonces, tal como lo habia recibido de manos del obispo de Osma, es decir, una sotana negra y un roquete por encima, segun se le representa en las antiguas pinturas.

Envió en seguida religiosos á diversos sitios, para trabajar en la salvacion de las almas por la predicacion, que era el punto esencial de su instituto.

Estos religiosos predicando las verdades evangélicas, aceptando voluntariamente las penas y trabajos de la mision, y muriendo la mayor parte como mártires, prestaron grandes servicios, servicios incalculables, á la causa de la religion, á la de la humanidad.

Luego que Santo Domingo hubo así dispersado sus discipulos, como un puñado de trabajadoras abejas que arrojaba al aire para que fuesen á depositar en cada pais la purísima miel de sus palabras, abandonó Tolosa para ir á Italia, cuyo pais se habia reservado para él.

Al pasar por Metz edificó un convento de su orden, otro fundó despues en Venecia, y en seguida partió á Roma para tratar de fijar el centro de su orden, que desde allí podia mas facilmente estenderse por las otras ciudades hasta los confines del mundo.

Dióle el papa Honorio la iglesia de Santa Sabina con una parte de su propio palacio, para servir de morada á sus religiosos que eran ya en gran número. En este monasterio fué donde dejó é hizo dejar á sus hermanos el hábito que hasta entonces habian usado de canónigos regulares para tomar el que se pretende que la santa Virgen mostró á Renato de Orleans, que consistia en una túnica blanca, un escapulario del mismo color al cual iba cojida la capucha, y la capa y la muceta negras.

Finalmente, despues de haber hecho varios viajes y de haber trabajado con gran utilidad para el bien de la Iglesia y el establecimiento de su orden, dió en Bolonia el último suspiro á 6 de agosto de 1221, encargando á los religiosos que siguiesen sus huellas, suplicándoles que no se apartasen jamás de la pobreza, y legando su maldicion, segun dice el padre Heliot, á los que introdujeran en la orden las rentas y las posesiones.

Antes de morir, Domingo dejó dividida la orden, que tenia ya sesenta conventos, en ocho provincias que fueron las de España, de Tolosa, de Francia,

de Lombardia, de Roma, de Provenza, de Alemania y de Inglaterra. Tambien, concluida esta division, habia enviado religiosos misioneros á Escocia, á Irlanda, á los paises del norte hasta la Noruega, al polo, y á Levante hasta Palestina.

Gregorio IX canonizó á Domingo el 13 de julio de 1234.

Despues de su muerte, reuniéronse los religiosos de su orden en París y en capítulo general para darle un sucesor, eligiendo como tal á Jordan de Sajonia que, quince años despues de estar gobernando la orden, declaró su resolucion de pasar á Tierra Santa y, embarcándose, naufragó y pereció con sus compañeros á la vista del puerto de Acre.

Durante su gobierno, se fundaron cinco conventos de predicadores en Palestina, y fuese aumentando de tal manera el número de dia en dia, que se vió tambien precisado á erijir cuatro nuevas provincias, á saber, la de Grecia, de Polonia, de Dinamarca y de Tierra Santa.

Sucedióle en el gobierno San Raimundo de Peñafort el que, habiendo sido elegido en el capítulo general que se celebró en París en 1237, redactó por escrito las constituciones, dióles una forma mejor y las dividió en dos partes. En seguida, en el primer capítulo general que celebró, hizo admitir una ordenanza en la que se prescribia que pudieran los generales dimitir su empleo siempre que les pareciese, viéndose obligada la orden á admitir esta dimision: por esto luego, aprovechándose de esta ordenanza, renunció al generalato en otro capítulo que celebró el año siguiente.

Diósele por sucesor á Juan de Waldefusen en Vefalia, bajo el gobierno del cual la orden hizo nuevos progresos, habiendo fundado treinta y cuatro conventos. Hubo cincuenta y cuatro establecimientos bajo el generalato del beato Humberto, ciento veinte y cinco bajo el del beato Juan de Verceil, y el número de conventos se fué de tal modo multiplicando bajo los otros generales, que la orden llegó á dividirse en cuarenta y cinco provincias.

Uno de los empleos que en varias naciones ejercia un religioso de esta orden y que le daba mucha importancia, era el de inquisidor. No es este lugar á propósito para recordar de que modo, particularmente en España, cumplieron los dominicos con el triste y fatal privilegio de encargarse de la formacion de aquel tribunal que se llamaba *el santo tribunal de la fé*.

Pasemos pues todo lo concerniente á este punto. Nuestros lectores sabrán apreciar nuestra reserva.

San Pio V concedió tambien á esta orden la distincion de su presidencia á todos los religiosos mendicantes por su bula *divina dispositione* en 1568, y su

general obtenia en nuestra patria el título y honores de grande de España.

Aquí contaban tres provincias que comprendian 88 conventos de religiosos y 50 de religiosas sujetas á la provincia, con 7 á los ordinarios. De estas, la de Aragon contaba con 69 de religiosos y 46 de religiosas sujetas á la provincia y 4 á los ordinarios. Andalucía comprendia 56 de religiosos y 50 de religiosas de los que 40 estaban sujetos á los ordinarios y uno al prior de San Marcos de Leon de la orden de Santiago.

Hemos hablado ya del traje de estos religiosos. Preciso es sin embargo advertir que los hermanos legos se distinguian de los sacerdotes en que llevaban un escapulario y una capucha negras, mientras que los sacerdotes usaban el escapulario blanco no llevando la capucha negra por encima la capa mas que cuando salian ó estaban en el coro.

Los religiosos de España y Portugal habian siempre llevado capas pardas hasta en tiempo del general Auribelle que, luego de su eleccion en 1453, les obligó á usar las capas negras.

Las armas de la orden son chapé de plata y negro con un lirio fustado y una palma de oro puestos en aspa y atravesando de parte á parte; una estrella de oro y un libro sobre el cual hay un perro, puesta su pata sobre un mundo, y llevando en la boca una antorcha encendida, el escudo está decorado con una corona ducal, teniendo por cimera una tiara, una mitra, un capelo de cardinal, un báculo y una cruz patriarcal.

En Francia los dominicos eran llamados *jacobinos* porque su primera casa en Paris estuvo situada en la calle de *Saint Jacques*.

La orden de Santo Domingolo propio que casi todas las órdenes no pudo evitar el cancer roedor de la relajacion. Algunos conventos se alejaron en diversas épocas de la observancia regular, faltando completamente al espíritu de su santo y piadoso fundador.

De aquí provinieron las reformas.

El primer reformador fué el general dominico Conrado de Prusia en 1389.

Una de las mas considerables reformas fué la de la congregacion de Lombardia, que empezó en 1448 el padre Matías Bonaparti de Navarra, el mismo que por la santidad de su vida escujo el papa para llenar la sede episcopal de Mantua.

Otra reforma habíase comenzado en Holanda en 1500 y otra tambien en Nápoles á fines del mismo siglo, así como una en Francia á mediados del siguiente.

Todas estas reformas sin embargo no consistian casi en nada mas que en abstenerse de la vianda, pero no de la renuncia á las rentas y posesiones, como dice el citado padre Heliot, que con escándalo de los fieles acumulaban ciertos conventos.

Por esto se formó á mediados del siglo XVII por el venerable padre Antonio la congregacion del Santo Sacramento que admitia en todo su rigorismo la regla dada por Santo Domingo.

II.

FUNDACION, GLORIA Y RUINA.

PARA todo el que haya hojeado la crónica de Cataluña, será simpático y grande el nombre del obispo de Barcelona Don Berenguer de Palou.

Fué un dignísimo y preclaro varon.

Nombrado obispo en 1242, demostró en varias ocasiones su noble sangre, hizose digno de su alcurnia, correspondió al nombre ilustre que le legaran sus ascendientes.

Sacerdote y soldado á un mismo tiempo, los pueblos no tenian mas dulce ni mas benéfico pastor, los moros no tenian mas terrible ni mas decidido enemigo.

No solo favoreció con dinero contra estos últimos á los reyes de Aragon, sino que en persona y con muchos soldados compartió la gloria de las jornadas.

Hallóse el año de su eleccion en la de Ubeda con cuarenta de á caballo y mil peones favoreciendo con ellos al rey Pedro II; para la de Damia dió al rey Don Jaime el conquistador cuarenta ginetes y ochenta infantes; en la de Bur-